

William Maxwell

Adiós, hasta mañana

Traducción de Gabriela Bustelo

Primera edición en Libros del Asteroide, 2008

Primera edición en esta colección, 2015

Título original: *So Long, See You Tomorrow*

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamos públicos.

Copyright © 1980, William Maxwell

All rights reserved

© de la traducción, Gabriela Bustelo, 2008

© de esta edición, Libros del Asteroide S.L.U.

Fotografía de cubierta: John Murray/John Chillongworth. Getty Images.

Publicado por Libros del Asteroide S.L.U.

Avió Plus Ultra, 23

08017 Barcelona

España

www.librosdelasteroide.com

ISBN: 978-84-16213-40-5

Depósito legal: B 23.884-2015

Impreso por Liberdúplex S.L.U.

Impreso en España - Printed in Spain

Diseño colección Décimo Aniversario: Jordi Duró

A Robert Fitzgerald

1. Un disparo

El pozo de la cantera estaba a algo más de un kilómetro al este de la ciudad, era del tamaño de una laguna y tan profundo que los menores de dieciséis años tenían prohibido ir a nadar en él. Yo sólo lo conocía de oídas. Es un pozo sin fondo, decía la gente, y como a mí me maravillaba eso de que si cavas y cavas en línea recta acabas saliendo en China, me lo creía a pies juntillas.

Una mañana de invierno, poco antes del amanecer, los tres hombres que estaban allí cargando grava oyeron lo que les pareció un disparo. Aunque también podía haber sido el estampido de un motor de coche, en eso estaban todos de acuerdo. Al cabo de unos segundos, amaneció. No vieron a nadie acercarse a la cantera por el Prado de enfrente ni por la carretera. Pero la detonación no provenía de un coche estropeado. Acababan de pegar un tiro a un aparcerero llamado Lloyd Wilson y lo que habían oído era el disparo que le había matado.

En el juzgado de instrucción el tío de Wilson, un sesentón que llevaba años viviendo con él, declaró que cuando estaba dando de comer a los caballos vio pasar

el quinqué de su sobrino de camino hacia el establo. Entre las cuadras y el establo había unos ciento setenta metros de distancia. El hombre no oyó el disparo, ni tenía constancia de que esa mañana hubiera entrado ningún desconocido en la granja. Cuando sucedieron los hechos vivían allí el fallecido Wilson, sus dos hijos pequeños, de seis y nueve años, una guardesa de avanzada edad, y el tío, Fred Wilson.

Después subió al estrado la guardesa y declaró que en la última mañana de su vida Lloyd Wilson se levantó a las cinco y media como tenía por costumbre, se vistió y preparó dos fuegos. Mientras esperaba a que prendiera el de la chimenea de la cocina se quedó un rato con ella, hablando y haciendo bromas. Estaba de buen humor y salió de la casa silbando. Normalmente tardaba poco en ordeñar a las vacas y solía estar de vuelta en la cocina antes de que ella tuviera el desayuno preparado. Como sabía que esa mañana él tenía que ir a la ciudad a recoger a un hombre que iba a ayudarlo a desgranar unas mazorcas atrasadas, a las siete en punto dijo al hijo menor que fuera a ver por qué tardaba tanto su padre. Cuando el chico le pidió una linterna ella miró hacia la oscuridad tras la ventana y le dijo que no hacía falta, porque se veía la luz del quinqué en la puerta abierta del establo. Apenas habían pasado unos minutos cuando le oyó volver a entrar en casa. Estaba llorando. Al abrir el portón y llamarle, él le dijo: «¡Papá está muerto! Está ahí sentado con los ojos abiertos, pero está muerto...».

La típica ocurrencia de un niño. Apartándolo, sin creerle, la mujer echó a correr hacia el establo. Wilson

estaba en la cuadra central, sentado en una banqueta de ordeño, con el cuerpo desplomado sobre el tabique de separación. Agarrándole de una mano, la mujer exclamó:

—Lloyd, pero ¿qué te ha pasado?

Pensaba que habría tenido un infarto, o quizás una apoplejía. Pero el niño tenía razón. Aunque estaba ahí sentado con los ojos abiertos, estaba muerto.

La guardesa y Fred Wilson se ocuparon de todo. Es decir, ella volvió a la casa e hizo varias llamadas de teléfono y él acabó de ordeñar las vacas, las llevó a pastar y se sentó junto al cadáver hasta que el enterrador y su ayudante vinieron de la ciudad a llevárselo. Como ya sufría de rígor mortis, tuvieron que cortarle la manga del abrigo para poder desvestirle. Fue al quitarle el abrigo, la chaqueta, el chaleco de pana y la camisa de franela cuando vieron una pequeña mancha roja en la camiseta, encima del corazón.

En aquellos tiempos —me refiero al comienzo de la década de 1920— la gente de Lincoln no tenía la costumbre de cerrar la puerta por la noche, si lo hacían no era pensando que pudiera entrar un ladrón. A veces salía en el periódico de la tarde una noticia sobre alguna detención por conducta escandalosa, pero eran siempre casos de embriaguez. Sin pararme a pensar, habría asegurado que no podían cometerse actos violentos en una localidad cuyas casas no estaban muy separadas entre sí ni protegidas por altos muros y donde habría resultado muy difícil hacer algo raro sin que alguien, por una u otra circunstancia o por simple curiosidad, acabase viéndolo. Pero consideremos la

siguiente frase procedente de una historia de Logan publicada en 1911: «Pese a haberse producido en torno a unas cincuenta reyertas con resultados mortales... apenas ha habido casos en que las partes implicadas tuviesen cierto renombre o una posición relevante en la comunidad». El tiroteo, apuñalamiento o paliza solían ocurrir en una barraca de una mina de carbón, en un callejón o en alguna granja perdida, pero uno de los crímenes mencionados en el libro sucedió en una casa de la calle Décima, a una manzana de la casa donde vivíamos cuando yo era pequeño. Lo que diferenció el asesinato de Lloyd Wilson de todo el resto fue un dato tan espantoso que el *Courier-Herald* de Lincoln tardó varios días en decidirse a publicarlo: el asesino había cortado la oreja del muerto con una navaja y se la había llevado. En aquellos tiempos prefreudianos nadie se planteaba si la oreja era un sustituto de algo o no. Lo que hacían era temblar de miedo.

2. El luto

Dudo mucho que yo hubiera logrado recordar durante más de cincuenta años la muerte de un aparcerero al que no había visto en mi vida de no ser porque 1) el asesino era el padre de un conocido y 2) pasado un tiempo hice algo de lo que luego me avergoncé. Esta evocación —si es que puede llamarse así— es un intento soslayado y torpe de poner las cosas en claro.

Antes de poder entrar en materia, debo mencionar otro asunto. Cuando mi padre estaba ya entrado en años y el pasado cobraba cada vez más presencia en sus conversaciones, un día le pregunté cómo había sido mi madre. Tenía una idea de ella como madre, pero pensé que había llegado el momento de que alguien me hablara de ella como persona. Cuál no sería mi sorpresa cuando me dijo «Eso es agua pasada» con una voz tan arisca que consiguió hacerme callar, dudando de si acaso al cabo de tanto tiempo ya no sentía nada por ella, o si justamente aún lo sentía y por eso no le apetecía hablar. Sea como fuere, no estaba dispuesto a contarme nada de ella.

Pocas son las familias libres de toda desgracia, pero

entre los años 1909 y 1919 la familia de mi madre excedió su ración correspondiente de mala suerte. A mi abuelo le mordió una rata o un hurón mientras dormía una noche en un establo y a los tres meses murió de la infección. El único hermano de mi madre tuvo un accidente de coche en el que perdió el brazo derecho. Su hermana menor quiso avivar con queroseno el fuego de una parrilla y se le prendió la ropa, dejándole la piel marcada de por vida. A los cinco años mi hermano mayor metió el pie entre las varillas de la rueda de un carro.

Cuando pasó todo esto yo era tan pequeño que o no me enteré o no me afectó porque no iba conmigo, por así decirlo. Todas las noches cuando mi hermano se desvestía, dejaba la pierna artificial apoyada en una silla. Como dormíamos en la misma habitación, era un objeto tan familiar como su gorra o su guante de béisbol. Mi hermano no era de los que se compadecen de sí mismos y las personas mayores siempre se dirigían a él como a uno más, sin tratarle con lástima por lo que le había pasado. Lo que yo pudiera sentir sobre su «impedimento» estaba a buen recaudo en mi inconsciente (suponiendo que exista), donde me resultaba inalcanzable.

Mi hermano menor nació el día de Año Nuevo de 1918, en plena epidemia de gripe. Mi madre murió a los dos días, de pulmonía doble. A partir de entonces se acabaron las tragedias. Nos había pasado lo peor que nos podía pasar y el mundo perdió su brillo. Sin acabar de creérnoslo, sobrellevamos la corona de flores en la puerta, el ir y venir del hombre de la funeraria, la ria-

da de comida, el olor mareante de las flores blancas y todo lo demás, incluida la primera de una sucesión de niñeras que cuidaban del bebé y ocupaban el lugar de mi madre en la mesa. Al volver la vista atrás me da la impresión de que la suerte de aquella mujer de rostro cetrino y pecho plano estaba decidida mucho antes de que nos cruzáramos en su camino. Venía de un mundo que nos era completamente ajeno y no me parece recordar que tuviera ningún día libre. Puede que en algún momento intentase hacer de madre con mi hermano mayor y conmigo, pero le faltaban fuerzas para vencer nuestra resistencia. Sabíamos lo que habíamos perdido y no nos íbamos a dejar engañar por ninguna clase de falso cariño.

Mis tías maternas, mis tías paternas y mi abuela se ocupaban de cuidarnos. Sin ellas no sé qué habría sido de nosotros en esa casa tan triste donde nada cambiaba jamás, donde la vida se había detenido. Mi padre estaba destrozado por la muerte de mi madre. Todas las noches después de cenar se ponía a pasear por casa y yo caminaba con él, pasándole el brazo por la cintura. Yo tenía diez años. Mi padre iba desde el salón hasta el vestíbulo y ahí daba la vuelta, pasaba delante del reloj de pared y seguía hasta la biblioteca, desde donde volvía al salón. O iba desde la biblioteca al comedor y de ahí al salón por otra puerta, y vuelta al vestíbulo. Como él no decía nada, yo tampoco hablaba. Pero justo antes de que girase intentaba adivinar a qué habitación querría ir, para que no chocáramos. Se le notaba en los ojos que no iba mirando lo que había en las habitaciones y tenía la cara gris como la ceniza. Por lo

que le había podido escuchar, sabía que le atormentaba la idea de ser culpable de lo sucedido. Si hubiera previsto esto o aquello... Pero nada de eso era verdad. Cuando la epidemia hacía más estragos que nunca, fue con mi madre en un tren abarrotado de gente a Bloomington, a cincuenta kilómetros de distancia, donde las instalaciones hospitalarias eran mejores que en Lincoln. Pero aunque mi madre hubiera tenido el niño en casa, habría cogido la gripe de todas formas. Mi hermano mayor, mi padre o yo se la habríamos contagiado. La tuvimos todos.

Recuerdo intentar adivinar lo que pensaba mi hermano mayor. Fuera lo que fuese, no tenía intención alguna de compartirlo conmigo. Cuando miraba atentamente la expresión de sus ojos castaños, me quedaba atónito. De no saber lo ocurrido, habría pensado que estaba dolido por algo que su orgullo le impedía mencionar. Hacía todo lo posible por disimularlo. Por la noche nos desvestíamos, nos metíamos en la cama y nos quedábamos dormidos sin aprovechar la oscuridad para sincerarnos. Ahora me resulta extraño. Entonces no me lo parecía. Pese a ser muy distintos, él me conocía al dedillo, es decir, conocía mis puntos flacos y sabía sacarles partido, por lo que yo recelaba a la hora de mostrarle mis sentimientos. También sospecho que más de una vez me había chivado de cosas que él hubiera hecho. No puedo aventurar qué me habría dicho. Lo que no le dije yo, pese a que nuestras camas estaban apenas a un metro de distancia, fue que no lograba entender cómo nos había pasado algo así. Parecía un error. Y los errores deben rectificarse, pero

el nuestro no parecía tener solución. Entre la vida de antes y la vida de después había un abismo insalvable. Me empeñé en hallar una explicación distinta de la verdadera, ajena al hecho de que fuéramos tan vulnerables como cualquiera ante la tragedia y, tal vez influido por los paseos que me daba con mi padre, me dio por pensar que había cruzado sin querer el umbral equivocado y no lograba volver al lugar del que nunca quise salir. En realidad, me sucedía todo lo contrario: no me había movido, nada había cambiado y todos seguíamos viviendo bajo el mismo techo, menos mi madre, que estaba en el cementerio.

Al volver del colegio seguía haciendo lo de siempre, que era leer acurrucado en el asiento que había bajo la ventana de la biblioteca o tumbado de espaldas en el suelo con los pies apoyados en una silla, en el rincón más oscuro que encontrara. La casa estaba llena de sitios para leer que parecían hechos a mi medida y leía los mismos libros una y otra vez. A los niños les tranquiliza todo lo cotidiano: un paragüero, un cenicero de cristal con un fondo de vitolas de colores, la tenaza de la chimenea y esas cosas. Valiéndome de estos y otros objetos comunes —además de los dos grandes olmos que protegían la casa del calor del sol, la parra junto a la puerta trasera, el lilo blanco bajo la ventana del comedor y los cómodos muebles de mimbre y el balancín del porche que añadía su *cric-cric* a los sonidos de las noches veraniegas— logré soportar el día a día.

Mi padre soportaba su propio día a día dedicándose en cuerpo y alma a su trabajo. Era el delegado esta-

tal de una pequeña compañía de seguros contra incendios y recorría Illinois de punta a punta para evaluar los riesgos y conocer a los agentes locales que pudieran ayudarle a incrementar el volumen de negocio. El sábado por la mañana se sentaba en la biblioteca a revisar las hojas de inspección, que iba marcando una por una, y cuando juntaba un taco de hojas me lo daba para que me sentara en el suelo a ordenarlas alfabéticamente, por ciudades. Yo me sentía orgulloso de poder ayudarle. El martes por la mañana se marchaba con una bolsa de viaje llena de impresos y el viernes por la tarde volvía a aquella casa atestada de problemas que hasta entonces le habían sido ajenos. En su tristeza había una paciencia desprovista de toda esperanza. Seguía durmiendo en la cama que había compartido con mi madre y procuraba ser como ella hubiera querido que fuera, noción que sospecho fue perdiendo con el paso del tiempo. Regaló las joyas de mi madre, pero a mí me importó más que se deshiciera de su ropa, porque no pude seguir abriendo su armario para mirarla.

Todos los amigos de la familia le aseguraban que el tiempo lo cura todo, pero aunque él les decía «Sí, ya lo sé», se notaba que no les creía. Una vez a la semana daba cuerda a todos los relojes de la casa, empezando por el reloj de pared del vestíbulo. Las manecillas marcaban concienzudamente las horas y los minutos mientras la luz solar corroboraba su esfuerzo: la hora de desayunar, el atardecer y la noche, con su oscuridad pegada a los cristales de las ventanas. Lo que decían los amigos de la familia es verdad. Para algunos. Para

otros las agujas del reloj pueden girar hasta el Día del Juicio sin lograr curar nada. No sé qué haría mi padre para acostumbrarse a su dolor. Sólo sé que tardó más de un año en recuperar el color del rostro y en poder sonreír si alguien decía algo gracioso.

Cuando se hablaba de mi madre siempre era en términos generales —sus maravillosas virtudes, la facilidad que tenía para hacer felices a las personas de su alrededor y demás— que no me decían nada que no supiera ya. Era como si no logaran verla con claridad precisamente por lo que le había sucedido. A ella y a nosotros. Como no le gustaba dejarse retratar, sólo teníamos un par de instantáneas y una fotografía de estudio, tomada cuando tenía poco más de veinte años, con el pelo recogido en un moño alto y una cinta de terciopelo negro en el cuello. Sólo tenía treinta y ocho años cuando murió, pero había engordado, cosa corriente en las mujeres de entonces. La boca y los amables ojos castaños eran los mismos. El resto me costaba reconocerlo, aunque quisiera creer que alguna vez había tenido ese aspecto. A mi padre tampoco le gustaba aquel retrato y encargó al fotógrafo que la retocara para que pareciera más mayor. Estoy seguro de que mi madre no se asemejaba en nada a la imagen resultante: una mujer distante e idealizada, completamente ajena a todos nosotros. Mi madre a veces se ponía nerviosa y perdía los estribos, cosa impensable en esa otra mujer que había fallecido prematuramente, dejando un marido desconsolado y tres hijos huérfanos. La fotografía retocada se antepuso al rostro que yo recordaba, de modo que cada vez me costaba más saber

cómo había sido mi madre de verdad. Pasado un tiempo ya sólo retuve en la memoria su aspecto general, pero seguía acordándome de su voz, recuerdo al que me aferraba tercamente. Como me aferraba a la idea de que si todo se quedaba exactamente igual, si procurábamos no apartarnos lo más mínimo de nuestro sitio, las cosas volverían a ser como eran antes de su muerte. Sabía que mi empeño no era racional, pero la alternativa —que cuando la gente muere desaparece del todo y que nunca la iba a volver a ver— era superior a mis fuerzas en aquellos momentos, y lo sería aún durante mucho tiempo.

Siendo mi padre ya muy mayor, me sorprendió al confesarme que se dio cuenta de lo mucho que me había afectado la muerte de mi madre, pero que no supo qué hacer al respecto. Creo que habría bastado con que me hubiera dicho eso mismo. Si no lo dijo debió de ser porque pensaba que ni él ni nadie podían hacer nada. O quizá supuso que yo no me iba a dejar ayudar por él. De pequeño, cuando me dolían los oídos, me acercaba a él y le pedía que me echara el humo de su cigarro en la oreja. Entonces dejaba de hablar, me abrazaba y, casi rozándome la oreja con los labios, me la llenaba de humo cálido. Era un remedio tan bueno como cualquier otro, con la ventaja de la intimidad física. Una noche a la hora de acostarse —no sé qué edad tendría yo, unos cinco o seis años— di a mi madre el beso de buenas noches y luego fui hacia mi padre, pero al acercarle la cabeza me dijo que ya era mayorcito para esas cosas. Según las costumbres de la época y el lugar en que vivíamos, supongo que tenía

razón, pero yo hubiera querido seguir haciéndolo. ¿De qué otro modo podía expresarle mi cariño? Él no me aportó ninguna idea, ni entonces ni nunca. A partir de ese momento mis sentimientos hacia él cambiaron y me volví receloso y desconfiado.

En la calle Novena había muchos niños con los que jugar y a veces iba con ellos, pero prefería hacerlo solo. El día de primavera más bonito del año me daba por quedarme en casa leyendo *Tic-toc de Oz*. Y cuando me hartaba de leer me encerraba en una habitación oscura y jugaba con un proyector de transparencias o con un teatro de cartón que me había fabricado con los cartones que venían dentro de las camisetas nuevas. A mi padre le preocupaba mi actitud no sólo en lo tocante al poco tiempo que pasaba al aire libre, sino también porque si me interesaban unas cosas tan raras, ¿cómo demonios me iba a ganar la vida de mayor? El hecho de que se planteara aquello no era gracioso, ni extraño. Uno es lo que es y como él era un hombre de negocios estaba convencido de que no se podía ser nada mejor. De cuando en cuando me sorprendía enfascado en alguna de mis complicadas fantasías y entonces me tocaba recoger mis cosas y buscar algún lugar fuera de su vista para poder seguir estando alegre. Si perdía la paciencia conmigo o me hablaba con tono áspero siempre se me saltaban las lágrimas, cosa que le ponía aún de peor humor. Al verlo alejarse me daba la impresión de que quería zafarse de mí. ¿Sería que no le gustaba tener un hijo como yo? Tampoco llegó a decirlo nunca. A las personas adultas les cuesta bastante tener reacciones afectivas medianamente equilibradas.